

BAST

dícese de las piezas que tienen las almenas hacia abajo.

Bastillar: v. a. coser á bastilla, echar una ó mas bastillas en una pieza de tela.

Bastimentar: v. a. proveer de bastimentos, abastecer.

Bastimento: s. m. provision de víveres para la manutencion de una ciudad, de un ejército, etc.—El conjunto de bastas de una colcha ó colchon.

Bastimentos: Geog. islas del mar de las Antillas, próximas al istmo de Panamá; un poco al O. de las islas Sambales, y separadas de la costa como unos 160 metros.

Bastion: s. m. Mil. BALUARTE.

Bastionar: v. a. Mil. ABASTIONAR.

Basto: s. m. especie de aparejo ó albarda que llevan las caballerías de carga.—El as. en el palo de naipes llamado BASTOS.—Cualquiera de las cartas del mismo palo.—pl. uno de los cuatro palos de que se compone la baraja; llámase así por las figuras que representa y son á manera de palos ó bastones.—adj. tosco, grosero, sin pulimentar.—met. rústico, de groseros modales.

—Art. y Of. pl. en Equitación son unos rellenos de crin y pelote que hay debajo de los fustes de la silla de montar y unidos á estos, los que asientan inmediatamente sobre los lomos del caballo, y sirven para evitar que se maten y maltraten.

Baston: s. m. especie de báculo hecho de la caña de Indias ó cualquiera madera,

BATA

que se lleva en la mano, ya para apoyarse en él; ya como simple adorno. Los hay tambien de carey, de plata y hasta de oro.—Insignia de mando, peculiar de los jefes, así militares como civiles.—Insignia de honor, que llevan los doctores en ciencias.

—Art. y Of. palo redondo de mayor ó menor tamaño, en que envuelven los tejedores la tela para pasarla de allí al plegador.

Bastonazo: s. m. golpe dado con el baston.

Bastoncillo: s. m. galon angosto que sirve para guardnecer.

—Art. y Of. en el taller de terciopelo, unos palos pequeños con sus círculos de vidrio, que reciben y distribuyen cuatro hilos.

Bastonear: v. n. mover á un lado y otro el baston.

Bastonero: adj. s. el que guarda el baston de una cofradía y lo lleva en las procesiones. La persona que gobierna ó dirige los bailes.

Bastrinques: s. m. pl. especie de baile popular de los alrededores de París.

Basura: s. f. inmundicia, polvo, suciedad que se recoje cuando se barre, y desecho ó estiércol de las caballerizas. Por estension se llama así lo que es de infima calidad.

Basurero: adj. s. el que recoje la basura y la lleva al campo ó al sitio destinado para echarla.—Este mismo sitio.—El ruedo ó la tabla donde cojen en las casas particulares la basura para arrojarla.

Bata: s. f. ropa talar de lana, algodón ó seda, con

BATA

mangas, abierta por delante, de que usan los hombres para levantarse de la cama y estar dentro de la casa, cómoda y holgadamente. Las mujeres usaban tambien una especie de bata con cola para visitas y funciones: dentro de la casa la llevaban corta. Hoy vuelven á usarse, pero sin cola.—Algodon que se cria al rededor de una fruta de Oriente.—El desecho de la seda de Indias.

—Art. y Of. especie de fieltro que se fabrica de los primeros hilos del capullo de la seda, y sirve para entretelar y ponerlo entre el paño y el forro de un frac ú otra clase de vestido, ó con el fin de que abrigue y resguarde mas.

Batabano: Geog. puerto de la isla de Cuba, en la costa meridional; á 66 kil. de la Habana.

Batacazo: s. m. el golpe fuerte que da alguna persona cuando impensadamente cae.

Batafiolar: v. a. Mar. aferrar en su primera acepcion.

Batahola: s. f. bulla, ruido, confusion grande.

Batalha: Geog. aldea de la Estremadura Portuguesa, notable por un magnífico convento de dominicos, que fundó Juan I el año 1385, en memoria de la batalla de Aljubarrota.

Batalla: s. f. lid, combate, lucha trabada entre dos ejércitos enemigos.—met. la inquietud y agitacion interior del ánimo.—BATALLA CAMPAL: la que se da entre dos ejércitos fuera de fortificaciones.

—Mil. toque militar usado en la caballería para el servi-

BATA

cio de tiradores.—Orden de batalla; y así se dice: FORMARON BATALLA, en lugar de *en orden de batalla*.—Cada uno de los trozos en que se divide antiguamente el ejército.—fr. EN BATALLA: con el frente de la tropa estendido y con poco fondo.—PRESENTAR LA BATALLA: ponerse delante del enemigo, con el ejército ordenado, provocándolo á la pelea.

Batallador: adj. s. el que batalla. Con especialidad se decía y dice del que habla y ha dado muchas batallas: de ahí el sobrenombre de Alonso el BATALLADOR.

Batallar: v. n. pelear, reñir con armas, combatir.—met. luchar interiormente las pasiones.—Disputar, alterar.

Batallas: Hist. Méjico. No sería fácil en esta obra describir seguidamente todas las batallas que han tenido lugar en este país; desde la conquista hasta época presente; pero se darán á conocer las más prominentes.

BATALLA DEL SACRAMENTO: El general Anjel Trias, que se hallaba al frente del gobierno del Estado de Chihuahua, se decidió á hacer un esfuerzo, esperándolo todo del patriotismo de los buenos ciudadanos de dicho Estado, para recibir la invasion norte-americana.

Después de la ocupacion de Paso del Norte por las fuerzas invasoras el 26 de Diciembre de 1846, los americanos, dueños ya de las fronteras, se internaban en el país por varias direcciones: su escuadra amenazaba á Vera-

BATA

cruz, y en los últimos días del mes de Febrero de 1847 y principios de Marzo, tronaba el cañon enemigo, á un tiempo, en el Sacramento, en la Angostura y en Veracruz.

Los chihuahuenses redoblaron sus esfuerzos, después de la pérdida del Paso, para impedir que el enemigo se apoderase de su capital, y la ilusión de su entusiasmo les hacia esperar no solo un buen éxito en la defensa, sino el lanzamiento de los invasores fuera del Estado y la eficacia de sus auxilios al Nuevo-Méjico, en donde se deseaba vivamente el apoyo de alguna fuerza armada para levantarse contra los opresores.

El coronel Doniphan, comandante de la expedicion americana, hacia entretanto sus preparativos en el Paso, para avanzar sobre Chihuahua, y por fin emprendió su marcha, llevando consigo varios prisioneros que habia hecho en aquella poblacion; individuos todos que se habian distinguido por su odio al invasor.

El general Heredia, de acuerdo con Trias, eligió el punto del Sacramento, á 29 kil. de Chihuahua, en el camino de Nuevo-Méjico, para hacer algunas fortificaciones y resistir en ellas al enemigo, si antes de que llegase á aquel sitio no se habia logrado batirlo á campo raso. Dispuso tambien que el general Pedro García Conde, que habia llegado en aquellos dias á la capital del Estado, y habiéndose presentado á prestar sus servicios, habia sido nombrado comandante de la

BATA

caballería, saliese con 700 caballos al encuentro del enemigo para observar sus movimientos, y hostilizarlo en lo posible, sin comprometer accion decisiva. En segunda, el 21 de Febrero, salió el mismo general Heredia con Trias, conduciendo el resto de las fuerzas disponibles, que se componian de 70 hombres del 7º de infantería, 250 del batallon activo de Chihuahua, 180 de la guardia nacional, 50 del 2º escuadron de Durango, agregados á la infantería por falta de caballos; diez piezas de artillería de á cuatro, seis y ocho, con 119 artilleros y 106 caballos del mismo escuadron de Durango.

La noche del 27 de Febrero la division, que ascendia á cerca de 2,000 hombres bajo las órdenes del general Heredia, acampó en el Sacramento. El gobernador Trias, segundo en jefe; el general García Conde, comandante de la caballería y el coronel Justiniani, mayor general de la division, eran los jefes principales, y entre la oficialidad se encontraba lo más florido de la juventud chihuahuense, ardiendo en entusiasmo generoso.

El campo del Sacramento está limitado al E. y O. por dos cordilleras de montañas, distantes entre sí cerca de 10 kil., por entre los cuales corre el camino desde Chihuahua hasta Encinillas. De la cordillera occidental sobresalen como 4 kil. algunos cerros, y á cuya falda se halla situado el rancho del Sacramento, y de la opuesta sobresale tambien, mas al N. que aquellas,

BATA

otra eminencia, poco distante del camino. Sobre las más próximas entre sí de estas alturas, estaban apoyados los extremos de la línea de fortificación, que formando una especie de martillo, cortaba el camino, y cerraba todo paso á las fuerzas americanas, las que habiendo salido de Encinillas, no tenían ya más que aquel tránsito para sus carros y trenes entre ambas cordilleras. Al pié de la línea de fortificación que cortaba el camino, habia una especie de escalon de muy difícil acceso, que hacia más ventajosa la posición; y un suave ascenso comenzaba de allí para el rumbo del Norte hasta el alto de la loma, por donde se esperaba al enemigo.

Este se presentó en efecto por aquella altura entre dos y tres de la tarde del día 28 del mismo mes de Febrero, marchando directamente sobre las posiciones de los mejicanos con toda su fuerza, que pasaba de 1,300 hombres.

A tiro de cañon de las posiciones descritas, hizo alto el enemigo, y entónces el general Heredia dispuso que la caballería subiese á situarse sobre el camino á retaguardia de la infantería. Se esperaba que los americanos, emprendiesen desde luego el ataque de frente; pero en vez de esto, después de algun tiempo de suspension de todo movimiento, durante el cual deliberaron y resolvieron un plan, se dirijieron hácia su derecha con la mayor velocidad, siguiendo el rumbo de la hacienda del Torreón.

García Conde dió orden pa-

ra que la caballería saliese á impedir aquel movimiento, lo cual se efectuó marchando ésta, casi paralelamente al enemigo hasta rebasar su vanguardia. El mismo general Heredia, salió en seguida de sus posiciones con la infantería y artillería, para ir á establecer su línea de batalla sobre la derecha de la caballería, frente al enemigo. Este, habiendo hecho alto, habia tambien formado su batalla, cubriendo sus piezas con su caballería, y cuando estuvo preparado, las descubrió rápidamente y rompió el fuego sobre las fuerzas mejicanas.

A las primeras descargas de sus baterías, la caballería perdió enteramente su formación, y dispersándose una gran parte de ella, envolvió en el desórden á la infantería.

Esto influyó de una manera decisiva en el éxito de la accion.

El enemigo avanza entretanto sobre los reductos más próximos al cerro del Sacramento, guarnecidos de nuevo por la infantería mejicana, y artillados con sus correspondientes piezas.

El general García Conde habia quedado con la caballería á retaguardia de las fortificaciones, apoyando su izquierda sobre el primer reducto mas próximo al cerro. El gobernador Trias con sus ayudantes, después de haberse fatigado en la reunion de los dispersos, consiguió que una parte del 7º de infantería conducida por Pedro Horcasitas, jóven oficial de guardia nacional, y los oficiales

BATA

BATA

permanentes, Rosales y el subteniente Quintana, con algunos soldados desmontados del escuadrón de Durango y algunos otros dispersos, guarneciesen el mencionado reducto en los momentos en que el enemigo atacaba este punto con una columna, cuya vanguardia de caballería venía mandada por el coronel Oínez.

Aquel puñado de infantes resiste denodadamente á los americanos, cruzando sus fuegos con los de las piezas del cerro. El valiente capitán Rosales y el subteniente Quintana perecen allí estimulando el valor de la tropa. Oínez carga con una audacia extraordinaria sobre el reducto: y casi al pié de los parapetos cae atravesado de balas. Sus dragones, al verlo caer, se detienen, vacilan, huyen por fin, y envuelven en su fuga á algunos de los artilleros de al dotación de dos piezas que venían á su retaguardia. La tropa mejicana se anima: las piezas han quedado solas. Trias con varios oficiales y parte de la caballería, emprende una carga para apoderarse de ellas, partiendo de la parte de la izquierda del reducto. El general García Conde emprende también por la derecha el mismo movimiento, y ordena á su segundo cargue con otra parte de la caballería por el flanco izquierdo. . . . pero los artilleros americanos se apoderan de uno de los cañones, lo disparan á metralla sobre la caballería mejicana á muy corta distancia; y el desorden y la confusión vuelven á intro-

BATA

ducirse en ella, á la vez que el enemigo se rehace y carga de nuevo decididamente hasta apoderarse del reducto, y quedar en posesion de todo el campo.

Las piezas del cerro donde estaba el general Heredia, quedaron tambien abandonadas, perdida ya toda la posición y dispersa ó prisionera toda su fuerza.

Concluida esta desgraciada jornada, en la que el valor de los mejicanos merecia mejor fortuna, Trias se retiró por el camino de Chihuahua, perdida ya toda esperanza, en compañía del general García Conde, y al dia siguiente ocuparon la capital las fuerzas invasoras, y el gobierno del Estado fué á establecerse en el Parral, ciudad la más próxima á la frontera de Durango.

BATAJLA DE CERRO GORDO: la ocupacion de Veracruz por el ejército americano, fué la primera señal de alarma para la capital de la República.

El valiente gral. Santa-Anna, que acababa de tomar posesion de la presidencia de la República, en consecuencia de los sucesos de la revolucion de Febrero, dispuso inmediatamente que se restableció en Méjico la tranquilidad pública, que saliese una pequeña brigada al mando del general Rangel por el camino de Veracruz: dió orden al general Canalizo para que fuese á reunirse con el general Vega, quien con algunas fuerzas se preparaba á hostilizar á los invasores á su tránsito por el Puente Nacional; y mandó tambien que la division del ejército de la Angos-

BATA

tura se dirijiese para el camino de Veracruz, para reunir todas las fuerzas en el punto que fuese conveniente resistir al enemigo. En seguida ocurrió al Congreso para que se le concediese la licencia correspondiente para salir de la capital y ponerse á la cabeza del ejército. Obtenido este permiso, y elegido el general Anaya Presidente interino, el general Santa-Anna entregó el mando el Viérnes Santo, y en la tarde del mismo dia partió con su estado mayor y su escolta para la hacienda del Encero, á donde llegó el 5 de Abril de 1847, y estableció allí provisionalmente su cuartel general.

Saliendo de Jalapa por el camino de Veracruz, el país conserva su belleza, hasta que, cerca del Encero, comienzan á descabrirse varias lomas sin esa vejetacion exuberante que caracteriza el terreno que se ha dejado atrás, y después, llegando á Corral-Falso, por uno y otro lado del camino, se elevan espesos breñales que cubren un extenso lomerío hasta Cerro-Gordo. En este punto, á 30 kil. de Jalapa, el borde de una de las mesas de la cordillera forma propiamente un escalon, á cuyo pié se halla el Plan del Río, donde la temperatura de la tierra caliente se hace demasiado sensible. Sobre la mesa, dominan todas las alturas vecinas, se eleva el cerro conocido hoy con el nombre del Telégrafo, á la izquierda del camino; y á la derecha corre en una cañada profundísima el río del Plan, entre el cual y el mismo

BATA

camino, que hace una quiebra en este sitio, se avanzan casi paralelamente varios ramales de lomas que van á morir con el descenso de aquella elevacion, y cuyos costados son inaccesibles. Al pié del Telégrafo se alza otra eminencia llamada Atalaya, la cual está encadenada con otras alturas boscosas que se elevan en el bajo, y forman al frente de la posicion descrita un límite á la vista, que le impide entenderse más allá de una corta distancia.

El teniente coronel de ingenieros Manuel Robles, al retirarse de Veracruz, donde su nombre se hizo tan notable, fué encargado por el general Canalizo de hacer un reconocimiento de las posiciones de Cerro Gordo, y luego se encargó de fortificarlas, aunque la falta de agua hacia desventajoso para los mejicanos dicho campo.

Entretanto, el enemigo se aproximaba, y apenas habia tiempo para la construccion de obras muy pasajeras.

Las brigadas de los generales Pinzon y Rangel, las compañías de nacionales de Jalapa y Coatepec, mandadas por el recomendable capitán Mata, y la benemérita division de Anrostura, polvosa aun del último combate, fueron llegando sucesivamente hasta el dia 12 de Abril.

Durante estos dias, en los que se presentó ya el enemigo en el Plan del Río, se activaban en lo posible los trabajos de las fortificaciones. El teniente coronel Robles habia alzado al borde de los tres ramales de las lomas de la dere-

BATA

cha un parapeto que, por la falta de elementos para su construcción, se propuso que sirviera, casi únicamente para marcar las líneas en que, colocadas las piezas de artillería y formada la infantería, los fuegos fueron eficaces para batir el terreno que tenía que atravesar el enemigo para asaltar las posiciones.

El coronel Cano había cortado el camino en el punto que éste cambia de dirección á la falda derecha del Telégrafo, situando allí una batería de grueso calibre, y había practicado un camino cubierto que conducía á las posiciones de la derecha; y el general Aleorta había formado una tala circular en la cima del cerro mencionado, y establecido en ella una batería de cuatro piezas de á cuatro. En el centro de esta obra se elevaba el pabellón nacional. Más á la izquierda, solo se veían espesísimos breñales y barrancas.

Tal era esta línea de más de un kil. de estension, sobre la cual distribuyó el general en jefe sus fuerzas, colocando en la última posición de la derecha al general Pinzon, con el batallón de Atlixco y 5.º de infantería, que componían una fuerza de quinientos y tantos hombres, con siete piezas de artillería; en la del centro de la misma derecha, al capitán de fragata Buenaventura Araujo, con el batallón de la "Libertad," compuesto de cuatrocientos hombres y el batallón de Zacapoaxtla con 300 hombres y ocho piezas; y en la primera de las mismas posiciones al coronel Badillo con doscientos cincuenta hom-

BATA

bres de las compañías de nacionales de Jalapa, Coatepec y Tezuitlan, con nueve piezas de diversos calibres. El campo de Matamoros, situado entre las dos últimas posiciones de la de derecha y la primera de las mismas, fué guarnecido con el batallón de Matamoros y Tepeaca con cuatrocientos cincuenta hombres, con una pieza de á ocho, y el general Jarero fué nombrado jefe de la línea comprendida desde este punto hasta el cerro que ocupaba Pinzon. En la batería del camino, compuesta de siete piezas de calibre, se situó al sesto de infantería, con novecientos hombres, al mando del general Rómulo Díaz de la Vega, á cuyas órdenes estaba también el batallón de granaderos, con cuatrocientos setenta hombres, destinado como de reserva de las fuerzas de la primera posición de la derecha. Por último, en el Telégrafo se situó al coronel Azpeytia con el 3.º de infantería, compuesto de cien hombres, y fué nombrado jefe de este punto el general Vazquez, segundo, el general Uruga y comandante de artillería el coronel Palacios.

El resto del ejército, á escepcion de la caballería, que permaneció en Corral-Falso hasta el día 15, acampó por uno y otro lado del camino en la ranchería de Cerro-Cordo, situada á la retaguardia de la izquierda de la línea.

El campamento tenía toda la animación de una ciudad bulliciosa; pero escaseaba mucho el rancho de la tropa: las pocas vivanderas que ha-

BATA

bía vendían instantáneamente sus malos comestibles, sin satisfacer el hambre de los que llegaban un poco tarde á sus figones: el agua que conducían las mulas en barriles desde el fondo de la barranca, se obtenía con mucha dificultad, y el sol reverberante de aquellos climas escitaba una sed abrazadora, que los soldados apagaban á veces chupando pencas de magney, lo que les ocasionaba graves enfermedades; y por último, multitud de insectos, casi imperceptibles, mantenían la sangre en una perpétua irritación, y aun llagaban los cuerpos de aquellos en quien se cebaban.

El ejército enemigo había acampado sobre el camino frente á las posiciones de la derecha, como á 3 kil. de distancia. Sin emprender el ataque tan deseado por el ejército mejicano, que se cansaba delante de aquella perspectiva de victoria ó de muerte. Sus sufrimientos hacían más violenta su situación, y aumentaban más y más su ansiedad por el combate.

El general Santa-Anna, más impaciente acaso que ninguno, deseando provocar algun movimiento del enemigo y tener algunas noticias del estado en que se hallaban las fuerzas contrarias, así como de su número, dispuso en la noche del 14 que al día siguiente saliese la caballería al mando del general Canali-zo; á hacer un reconocimiento sobre el campamento americano, sin comprometer acción decisiva, y procurando

BATA

sobre todo hacer algunos prisioneros para interrogarlos sobre lo que desesha saber. El general Angel Trias, gobernador de Chihuahua, que había venido desde su Estado, después de la lamentable jornada del Sacramento, lleno de generoso entusiasmo, había querido tomar parte en la lucha que se preparaba, fué nombrado por el general en jefe para que acompañase aquella expedición é interrogase por sí mismo á los prisioneros que se capturasen.

El día 15 al amanecer llegó á Corral Falso la caballería, cuya fuerza la componían los regimientos 5.º y 9.º Morelia y Coraceros, y los escuadrones de Jalapa, Húsares, Chalchicomula y Orizaba.

No habiendo emprendido movimiento alguno el enemigo el 16, comenzaba ya á dudarse de sus intenciones, y aun llegó á concebirse la idea de que, intimidado por la posición del ejército mejicano no se resolvería á dar el ataque, y se retiraría á esperar refuerzos de los Estados Unidos. Se sabía también por dos prisioneros, que la peste hacía muchos estragos en las tropas americanas, lo que agravaba más su situación. Pero por fin, el 17 al medio día, habiendo salido el general Aleorta á hacer un reconocimiento por el cerro de la Atalaya, encontró una parte de las fuerzas enemigas, las que batió en retirada con una avanzada, entretanto que el 3.º de infantería, que guarnecía el Telégrafo, descendía á protegerlo. El general Santa-Anna acudió allí in-

BATA

mediatamente, haciendo subir algunos cuerpos después de haber mandado que sobre el camino formase la columna de reserva: situó en la falda del Telégrafo á los batallones lijeros en varias líneas, escalonados en el centro de aquella posición; al 4º de línea hacia la izquierda, que era por donde cargaba con más tenacidad el enemigo, y en la cumbre sobre los parapetos, quedó una parte del 3º de línea y el 11 de infantería. El 6º de infantería acudió á la derecha por orden del general Vega, impidiendo con sus fuegos que la posición fuese envuelta. Un fuego vivísimo se sostenía por ambas partes, y los empujes de los americanos les eran rechazados con el mayor vigor. La presencia del general Santa-Anna, que sobre la misma cumbre del cerro, acompañado de su estado mayor, ordenaba la acción, animaba á las tropas: los alegres vivas á la República, á la independencia y al general en jefe, en que prorrumpan los que lo acompañaban, escitaba en ellas un vivo entusiasmo. Los soldados mejicanos afrontaban la muerte con denuedo, la desafiaban, y resplandecía en sus frentes el orgullo del patriota. La batería de la cumbre, mandada por el teniente Olzinger, jugaba diestramente, haciendo mucho estrago sobre los americanos que, divididos en tres secciones, cargaban sobre la izquierda, centro y derecha de la posición, consiguiendo avanzar más por la izquierda, pero sin lograr nunca una ventaja

BATA

decidida. Resistidos en este último punto por el 4º batallón de línea, hacían sobre él un fuego terrible, que puso fuera de combate multitud de oficiales y soldados de este cuerpo. En los demás puntos se les resistía con el mismo esfuerzo, y prolongándose de hora en hora en aquella lucha, terminó al fin, porque rechazados los enemigos por todas partes, se retiraron algunos al mismo cerro de la Atalaya, y los demás se internaron en las boscosas cañadas que se descubrían á la izquierda de las posiciones.

Más de doscientos hombres que perecieron ó quedaron heridos esa tarde, cayeron sobre un campo que por sus esfuerzos perteneció un día más á la República. Los cadáveres de aquellos desgraciados fueron enterrados en la noche y los heridos se enviaron á Jalapa en varios carros. En la noche fué general en todo el ejército el convencimiento de que el enemigo emprendiese su ataque por la izquierda, supuesto el reconocimiento que acaba de practicar.

No obstante de que, al parecer, el general Santa-Anna fijaba toda su atención en las posiciones de la derecha, por donde regularmente esperaba el ataque decisivo, aleccionado tal vez con lo que acababa de pasar, esa noche hizo subir al cerro dos piezas de á doce y una de á diez y seis, la que no llegó sino hasta media falda por la parte de la izquierda: ordenó á los jefes de ingenieros Robles y Cano, hiciesen en el mismo cerro

BATA

ro las fortificaciones más urgentes, y el día siguiente antes de la madrugada, situó él mismo una batería á la orilla del camino, casi delante del cuartel general frente á la boca de una boscosa barranca. Los americanos durante la noche, establecieron también una batería en el cerro de la Atalaya, y sus preparativos de ataque para el próximo día, fueron solamente interrumpidos por algunos cañonazos que mandó disparar sobre ellos el general Vazquez, comandante del cerro del Telégrafo.

Al amanecer el día 18, el estruendo del cañon enemigo resonó en aquellos campos como anuncio solemne de la batalla. Sobre el cerro mismo donde los bravos insurjentes habían en otro tiempo derramado su sangre por la independencia, flameaba el pabellón mejicano y bajo su sombra desde aquella altura, se descubría una línea de hombres que debía servir de muro contra el invasor. Entre las filas, los diversos rangos y distintivos del ejército, desde el soldado hasta el general en jefe, condecorado también entonces con la suprema dignidad nacional, aparecían en aquellos momentos con todo el prestigio, con todo el brillo, con las ilusiones del patriotismo que él les concediera.

El enemigo sirviéndose de la batería de la Atalaya, rompió desde aquellas horas sus fuegos sobre el Telégrafo, de donde le fueron contestados. El general Santa-Anna se ocupaba entonces de acabar de

BATA

sinar la batería de la orilla del camino, y los ingenieros Robles y Cano, bajo los fuegos enemigos, construían obras pasajeras en la falda del mismo Telégrafo, en el propio sitio donde habían formado la tarde anterior los cuerpos que defendieron el centro de la posición.

Tal era la disposición de las fuerzas mejicanas antes de la salida del sol, á cuyo tiempo el cañoneo fué más y más vivo entre los dos cerros, hasta llegar á repetirse el estruendo, instante por instante. El enemigo arrojaba sin cesar granadas, cohetes y toda clase de proyectiles, que caían sobre el cerro, sobre el camino, y aun mucho más allá del campo. Sus columnas avanzaban entretanto por detras de Atalaya, por las escabrosidades del frente de la izquierda, y cerca de las siete de la mañana emprendió una de ellas, al mando del general Twigs, el ataque sobre el Telégrafo.

El general Santa-Anna, luego que estableció la batería de la izquierda, se dirigió á las posiciones de la derecha, movido acaso de su primera idea; pero deteniéndose después de haber pasado la batería del centro y observando desde allí la viveza con que se sostenía el cañoneo por parte de sus tropas, mandó órdenes al general Vazquez para que no desperdiciase el parque y para que abrigase á la tropa de los fuegos enemigos. Regresando en seguida por el camino, al llegar al pie del Telégrafo, se rompió entonces el fuego de fusilería é

BATA

inmediatamente hizo subir á los batallones 3º y 4º lijeros, en auxilio de las fuerzas que defendían aquel punto.

Los americanos cargaban decididamente dispersándose en tiradores, ocultándose tras los arbustos y malezas que cubrían el terreno, sobre las talas apenas indicadas que se habían tratado de construir esa mañana, sostenidas por el 3º de línea, 2º lijero y parte del 4º, haciendo empujes igualmente esforzados sobre la izquierda del Telégrafo, defendida por el 4º de línea, y sobre la derecha, donde el 6º de infantería se situó como la tarde anterior para rehacerlos. La artillería de una y otra parte había cesado de obrar por la proximidad á que se hallaban los combatientes: el fuego de fusilería era tan vivo como el ardor de la pelea: la muerte agitando sus alas sobre aquel campo ensangrentado, incendiado en algunos puntos por los proyectiles enemigos, se metía horriblemente sobre la espesa humareda que envolvía millares de hombres encarnizados en la lucha: los soldados mejicanos caían á montones en medio de aquella confusión, y los enemigos cayendo también eran instantáneamente reemplazados por otros que parecían reproducirlos. Entonces parecía dignamente el coronel Palacios, comandante de la artillería del cerro, herido por las balas enemigas; entonces la fama de los guerreros coronaba la carrera del general Vazquez en la plenitud de su ejercicio, con una muerte gloriosa en medio del es-

BATA

truendo de las armas; entonces centenares de valientes derraman su sangre por la más santa de las causas. Muerto aquel general, debía reemplazarlo su segundo el general Uraga; pero éste se hallaba á la cabeza de su batallón el 4º de línea en la falda izquierda del Telégrafo, y no habiendo momento que perder, tomó el mando el general Bananelli, cuyo cuerpo el 3º lijero, había permanecido como de reserva, cubierto de los fuegos con la misma cima del cerro. La viveza del combate redoblándose más y más, hacían caer nuevas víctimas: el 2º lijero, y el 3º y 4º de línea habían perdido casi toda su fuerza, y aun el último la mayor parte de su oficialidad: los enemigos sobrepujando con el mayor número los esfuerzos de los mejicanos, se apoderaban sucesivamente de las obras bajas de la posición, y sin perder un instante, ascendían rápidamente á asaltar la última de la cumbre.

Entretanto, el general Bananelli apelaba al último recurso, mandando calar bayoneta á sus soldados que, afanosos de tomar por fin parte en un combate que solo habían escuchado, hicieron esta operación levantándose llenos de brío para acudir á donde se les llamaba; pero sorprendidos de encontrarse desde luego brazo á brazo con el enemigo, tan superior en número, rodeados por todas partes, aterrorizados instantáneamente, se desordenaron en este momento, y en vano su jefe apuró todos los esfuer-

BATA

zos para contenerlos. Envolto el mismo, los jefes de ingenieros y otros oficiales que con espada en mano trataban de ordenarlos, rodaron materialmente por la pendiente opuesta del cerro, atropellados por la multitud que, como un torrente, se despeñaba desde la altura.

Sobre la cumbre del cerro se veía entonces, en medio de una columna de humo denso, una multitud de americanos, circundados de la roja luz de sus fuegos dirigidos sobre la enorme masa de hombres que se precipitaba por la pendiente, cubriéndola como de una capa blanca, por el color de sus vestidos. Era aquel horrible espectáculo como la erupción violenta de un volcán, arrojando lavas y cenizas de su seno, y derramándolas sobre la superficie. Esto pasaba á los tres cuartos para las diez de la mañana.

Por la parte de la derecha de la línea mejicana, el enemigo se había presentado durante el ataque del Telégrafo, y avanzando en columna sobre las posiciones del centro, intentaba asaltarla para hacerse á la vez dueño de todos sus atrincheramientos. El capitán de navío, Godines, comandante de artillería, había convenido con los comandantes respectivos de las tres posiciones, en dejar que avanzasen los enemigos sobre cualesquiera de ellas, sin hacerles fuego, sino hasta que estuviesen á muy corta distancia, teniendo á prevención las piezas cargadas con metralla. La columna americana compuesta de los volunta-

BATA

rios al mando del general Pilow, se aproximaba más y más sin que de la línea saliese un solo tiro; pero no bien estuvo á una distancia conveniente, cuando una descarga cerrada de sus piezas que cruzaban sus fuegos en aquel punto, acompañada de un vivo fuego de fusilería de las tres posiciones, haciendo un estrago horrible en los enemigos, los desordenó y los obligó á huir apresuradamente.

Antes de que pudieran organizarse, y cuando los soldados mejicanos no habían sufrido el más leve daño, el Telégrafo había sucumbido y los americanos que se habían apoderado de él, ascendiendo por su falda derecha sobre la batería del camino, cortaron enteramente aquellas posiciones, que quedaron envueltas por todas partes y dominadas por el cerro desde el que el enemigo les dirigía sus fuegos.

Entretanto, una columna enemiga, mandada por el general Worth, atravesando aquellas barrancas y breñales de la izquierda de la línea, se aproximaba á la batería que se había establecido ese mismo día, única que quedaba á los mejicanos. El general en jefe dió orden al general Canalis para que cargase con la caballería; pero el bosque impedía absolutamente el que se ejecutase esta operación. La columna avanzaba á pesar del fuego de cañón que se le hacía, dirigiéndose á salir al camino, más á la izquierda para cortar la retirada. Sin embargo, cuando se hu-

BATA

bo aproximado bastante, se desprendieron mas de 200 tiradores, cuyas descargas hacían desaparecer sucesivamente como de un soplo las dotaciones de las piezas, servidas por los artilleros y una partida de coraceros á la que se mandó desmontar para que auxiliase á la batería. El primer ayudante Velasco, jefe de los coraceros, tuvo la gloria de sucumbir al pié de ella. Los tiradores avanzaban de frente sobre ella, entretanto que la cabeza de la columna se hallaba ya muy cerca del camino: y la caballería, viéndose próxima á ser cortada, se retiró velozmente por el camino de Jalapa. El último esfuerzo lo hicieron entonces Robles y los valientes oficiales de artillería Malagon, Argüelles y Olzinger, quienes envueltos ya por todas partes, hicieron ronzar las piezas hácia la izquierda, dirigiéndolas sobre la cabeza de la columna, momentos ántes de que los tiradores que se precipitaron sobre ellos á la bayoneta, las hiciesen suyas y las volviesen en su contra.

El general Santa-Ana, acompañado de algunos de sus ayudantes, se dirigía por el camino á la izquierda de la batería, cuando saliendo ya del bosque la columna enemiga le impidió absolutamente el paso con una descarga, que le obligó á retroceder y tomó entonces el desfiladero que baja al plan del Río, con los jefes y oficiales, que lo acompañaban.

Horrible era el descenso por aquella vereda, estrecha y escabrosa, por donde se

BATA

precipitaban miles de hombres disputándose el paso desesperadamente, y dejando un reguero de sangre sobre su camino.

El enemigo dueño ya de todo el campo, asestaba sus tiros sobre los fugitivos, terminando así este desgraciado combate que abría las puertas de Méjico á los invasores.

BATALLA DEL CALABOZO: desde que el gobierno de la República tuvo noticia de la evacuación de Tampico, conoció la importancia de situar en las inmediaciones de dicha plaza, un cuerpo de tropas que vijilase los movimientos del enemigo y pusiera á la Huasteca al abrigo de sus incursiones. Con este objeto fué creada en Mayo de 1847 la línea militar de Huejutla, cuyo mando se confirió al general Francisco de Garay.

En la madrugada del día 10 de Julio de 1847, tuvo aviso el gral. Garay del alcalde de Pánuco, de que en aquella villa estaban avistados 250 hombres con dos piezas de artillería que marchaban á atacarlo. Pocas horas después lo recibió tambien del prefecto de Ozuluama, con referencia á otros de Tampico el Alto y Pueblo Viejo, en que le participaban que igual fuerza habia pasado el río en la tarde del día 8, con direccion al cuartel general, y con ánimo de libertar á unos prisioneros.

Amenazado el jefe de la línea por sus dos flancos y por fuerzas, según se anunciaban, cuatuplicadas á las que podia oponer para resistir,

BATA

determinó sin embargo hacer todo esfuerzo para oponerse al avance del enemigo.

El 12 del mismo mes de Julio de 1847 Garay, se puso á la cabeza de cosa de 150 hombres de milicia nacional de la Huasteca y particularmente de Huejutla, y de 15 ó 20 hombres de línea: saliendo de esta poblacion atravesó el río Ules, muy crecido á la sazón; se situó en una orilla de otro río llamado del Calabozo, ordenando de pronto fortificáran lijeramente dos alturas que dominaban el paso, haciendo algunas talas de árboles, y colocando una guerrilla emboscada en la otra orilla del río, con objeto de hostilizar al enemigo por la retaguardia.

Aun no estaban ejecutadas estas disposiciones, cuando se avistó el enemigo que marchaba, aunque con cautela, en buen orden. Constaba la fuerza, poco más ó ménos de 150 hombres, una pieza de artillería y 80 mulas de carga.

Silenciosamente avanzaron hasta la orilla del río y poniéndose un capitán á la cabeza de la guerrilla de vanguardia, emprendieron atravesar el río. Las fuerzas de Garay, colocadas en la posición que se ha dicho, dejaron avanzar á las contrarias, y así que éstas estaban próximas á la orilla, mandó el general Garay romper un vivo fuego de fusilería. Al principio no pareció causar ninguna sorpresa á los americanos; pero herido mortalmente el capitán que los conducía y algunos soldados, retrocedieron velozmente reuniéndose con su reserva, si-

BATA

tuada, como se ha expresado, en la otra orilla y frente de las posiciones de los mejicanos. En cerca de media hora la inacción fué completa, pero pasada la sorpresa que les causó la firmeza con que fueron recibidos, comenzaron á hacer un vivo fuego de metralla con la pieza de artillería, que era contestado con dennedo.

Observando los enemigos que era imposible desalojar á los valientes ciudadanos que defendían su patria, de las posiciones que habian resuelto sostener á toda costa, variaron la direccion de la pieza de artillería y continuaron el fuego. Entonces la guerrilla emboscada cayó sobre el convoy de mulas y lo dispersó; circunstancia que ocasionó la confusion de los americanos y el que emprendieran la retirada después de haber perdido un sargento y nueve soldados muertos; ahogados un teniente, cuatro soldados heridos y quince prisioneros. Los paisanos armados en clase de voluntarios, de las cercanías, cayeron tambien sobre los enemigos que se retiraban y les quitaron 20 caballos enfrenados y sobre 70 mulas cargadas de víveres.

Muy poco se ha hablado de este suceso de tan feliz importancia, para las armas mejicanas, y al dedicarse este artículo, se ha desado tributar el homenaje de este recuerdo á todos los que en esta lucha supieron portarse con honor y patriotismo.

BATALLA DE PADIERNA: por el rumbo S. O. del fértil pueblo de San Anjel, distante

BATA

de Méjico 14 kil. hay un camino carretero, amplio y cómodo que conduce á la fábrica de tejidos de la Magdalena y pueblo de Contreras. Al hacer el camino, y á su izquierda, parte la senda que va al pueblito de Tizapan, cubierto de árboles frutales, y á sus orillas Mal-pais; á la derecha en varias direcciones, hay veredas que llevan á algunas posesiones de campo, entre las que se halla el molino del Olivar de los Carmelitas; y mas al O., esto es, frente al rancho de Anzaldo, se vé por entre un pequeño bosque, blanquear la torre de la iglesia del pueblito de indios, llamado San Gerónimo, rodeado de lomerías y barrancos desiguales y caprichosos que, dejando á trechos hoyos y planos reducidos, van á tocar la falda de los montes del S. O. del camino que guía por entre malezas y veredas incómodas á la carrera de Cuernavaca.

Á poco ménos de 4 kil. de San Anjel está Anzaldo, edificio cuadrado, no muy alto ni estenso, cuya huerta toca la derecha del camino. Ascendiendo éste, se desvía al S. E. una pequeña empinada loma que los naturales llaman Pelon Cuauhtitla, y forma un punto eminente entre el camino, que subiendo lleva á la Magdalena, y la vereda que abatiéndose al pié de las lomas, hundiéndose en el pedregal, tuerce su jiro al E. y conduce á la Peña Pobre, hacienda de las orillas de Tlalpam. Esta nueva senda está practicada en la lava volcánica del Pedregal, la que

BATA

esparcida en trozos designales hace penoso el tránsito. El S. de ella lo limitan varios cerros que se encadenan hasta el camino de Cuernavaca, descollando al principio de ellos el de Zacatepec; y al N. se estiende el Pedregal escabrosísimo que descubre de trecho en trecho, entre ruinas, arbustos y yerba salvaje, mas bien vetas que veredas por donde más transitan, trepan y suelen escurrirse los nativos de aquellos lugares. Sobre ese pedregal, después de una hondonada que forman las aguas de la Magdalena, al pié de las lomas del Pelon Cuauhtitla, se levanta el rancho de Padierna.

A los alrededores de este cuadro hay sembrados, y de distancia en distancia se descubren las haciendas, las fábricas, mansiones de la industria y del trabajo, embellecida por una vegetación risueña y un cielo espléndido y magnífico.

Estos son los lugares en que los dias 19 y 20 de Agosto de 1847 combatió con los americanos, el ejército del Norte, á las órdenes del general Gabriel Valencia, cuya batalla es conocida con el nombre de Padierna y que tambien fué desgraciada para Méjico; no obstante el valor y audacia de Valencia y de su ilustre ejército.

El teniente coronel Zires, los generales Blanco y García, que salieron heridos, y el general Salas, que contuvo la dispersion hasta caer prisionero, se distinguieron en esta memorable batalla.

BATALLA DEL PUENTE DE

BATA

CHURUBUSCO: poco tiempo después de los primeros canchales que se oyeron por Padierna, la vanguardia de la division del general Santa-Anna salió de San Anjel, para tomar la misma posicion que ocupó la tarde del 19 sobre las lomas del Toro. Seiscientos metros se habrian andado: los soldados marchaban atraídos por el iman del combate, trabado por sus camaradas. Á las detonaciones de la artillería, sucedió un vivísimo fuego de fusilería, que cesó repentinamente; percibiéndose después algunos tiros parciales. Se marchaba á paso de carga; repentinamente sorprendió á las tropas la llegada en fuga de unos trozos de caballería de la division del general Valencia, seguidos de algunos infantes, á quienes acosaban las columnas enemigas; no quedó duda sobre el desastre de Padierna.

Inmediatamente dispuso el gral. Santa-Anna, hacer con esta fuerza y las que se encontraban en toda la primera línea, un movimiento de concentracion sobre la segunda línea de defensa, situada en las garitas de la Capital.

Dos ayudantes, partieron á escape para San Antonio y Mexicalcingo, llevando órdenes á los generales Bravo y Gaona de retirarse á la garita de la Candelaria, salvando todo el material de guerra y la proveduría existente en el segundo punto. Se ordenó tambien al general Lombardini que contramarchara con la brigada del general Rangel para la Ciudadela, en número de dos mil infantes, lle-

BATA

vando consigo algunos carros de parque, y lo efectuó por el puente de Panzacola, á entrar por la garita del Niño Perdido. La brigada Lijera, á las órdenes del general Perez, se retiró por Coyoacan al Puente de Churubusco, para seguir después á la Candelaria, en número de dos mil quinientos infantes.

Puesta la infantería en marcha, el general Santa-Anna con su estado mayor y los regimientos de húsares, lijeros de Veracruz y restos de la division del Norte, á las órdenes de los generales Jáuregui y Torrejon, tomó el sendero de la última brigada, al observar que los americanos empezaban á penetrar en San Anjel. Cuando llegó á Coyoacan, hizo alto, hasta que estuvo reunido el último soldado.

Los enemigos seguian en alcance de las fuerzas mejicanas por la misma ruta, batiéndolas en retirada, y ellas la continuaban de prisa, en tropel, azuzadas por las descargas de las columnas americanas que las seguian de cerca, y á las que no oponian ninguna resistencia; y en este estado pasaron por el convento de Churubusco, en donde hallaron á los generales Rincon y Anaya, con los cuerpos de Guardia Nacional, Independencia y Bravos.

El general Santa-Anna dió orden verbal á los primeros, de conservar el punto á todo trance. Tan dignos defensores imitaron en esta vez el heroico ejemplo del valiente capitán, á quien en la guerra de Vendée, dió orden el ge-

BATA

neral Kleber de que se defendiera á toda costa para salvar al ejército, y que no vaciló en sacrificar su vida, llevado de un patriotismo que merece los mayores elogios.

Mientras pasaban estos sucesos, el general Worth, por orden de Scott, atacaba á San Antonio; y como las fuerzas que había en aquel punto empezaban ya á retirarse, conforme á lo prevenido por el general Santa-Anna, no se hizo una resistencia obstinada, sino que únicamente se procuró detener á los enemigos, mientras se ejecutaba la retirada de las tropas á la capital.

Los jefes que quedaron sosteniendo la retaguardia, fueron el general Perdigon y el coronel Zerecero, quienes hicieron una honrosa defensa en Zotepingo, cayendo prisionero el primero, y logrando el segundo salvarse por entre los potreros. Worth, vencido aquel obstáculo, siguió adelante para emprender el ataque del Puente de Churubusco.

El general Santa-Anna colocó una batería de cinco piezas en la cabeza del Puente, protegida por las compañías de San Patricio y el batallón de Tlapala.

En estos momentos las fuerzas de Worth avanzaron sobre el puente. El general Santa-Anna, que lo notó, mandó contramarchar á la brigada de Perez, la que volvió pocos momentos después, continuando la demás fuerza para la capital, guiada por el cuartel maestro del ejército. Situó al 1.º ligero en la cabeza

BATA

del Puente, y á su izquierda al 3.º, 4.º y 11.º, sirviéndoles de foso un arroyo que pasaba á su frente. El enemigo avanzó en columna hasta muy cerca de los parapetos: la artillería ó infantería mejicana, con una granizada de balas las despedazó y hacen vacilar.

Los americanos forman una nueva batalla frente á la posición, y se hace general el combate. El bizarro coronel Gayoso, del 1.º ligero, manda romper con su música una alegre diana, y en este momento cae herido. El convento de Churubusco parece un castillo: su costado derecho y el frente están inflamados por llamaradas opacas. Mandan sus defensores por parque: el general Santa-Anna les envía un carro de los que quedaron embarazando el paso, y por refuerzo, á las compañías Tlapa y San Patricio. El general Algora reconoce toda la línea: Antonio Haro, Agustín Tornel, Juan José Baz, Vicente García Torres y otros dignos oficiales, transmiten órdenes del general en jefe, y llevan á la línea algun parque conseguido con dificultad.

Una nueva columna enemiga se interpone entre el Puente y el convento, amagando envolver las dos posiciones. El general Santa-Anna toma el 4.º ligero y parte del 11.º de línea, y se dirige á la hacienda de los Portales, un kilómetro á retaguardia, con el objeto de contener los avances de los flanqueadores. Sitúa algunos infantes en la azotea de una casa que se levanta junto á la calzada, cir-

BATA

cunda su pie con el resto de la fuerza, y comienza el fuego en este punto.

En estos momentos cesa el ataque del Puente, porque los americanos se dirijieron á la derecha, siguiendo á los que les precedían. El general Bravo llega á este tiempo por los potreros, con unos restos salvados de San Antonio. Perez le manifiesta que están cortados, y que no quedaba ya ni un cartucho: en consecuencia, se desbandan los soldados por todas direcciones, tomando algunos la del Peñon. Los enemigos se apoderan del Puente sin más resistencia y cañonean á los fugitivos, que se retiran á la garita de San Antonio á las puertas de la capital, con la misma artillería abandonada allí por la desaparición de los arzones y tiros de caballos.

BATALLA DEL CONVENTO DE CHURUBUSCO: el ejército americano acababa de alcanzar su primer triunfo en el Valle de Méjico, sobre la división del Norte, mandada por Valencia; y en las primeras horas de la mañana del día 20 de Agosto de 1847 se preparaba á abrirse paso desde el campo triunfal de Padrierna, hasta la capital de la República. Á la retirada del ejército derrotado, siguió por orden del general en jefe, la de las fuerzas que cubrían los puntos más avanzados de las fortificaciones de los mejicanos por el rumbo del Sur; y mientras la mayor parte se replegaba á Méjico y otra muy corta resistía á los enemigos de San Antonio. Zotepingo, los defensores del con-

BATA

vento de Churubusco, se disponían á sostener una acción, que les ha merecido una recompensa honorífica y la gratitud nacional.

Quando el ejército de Scott atacó en Padrierna el 19 de Agosto á la división del Norte, el estallido del cañon que interrumpía el silencio majestuoso del Valle de Méjico, avisó á los defensores del convento que había llegado el momento de combatir por la salvación de la capital. Las tropas de Churubusco estuvieron todo aquel día en la incertidumbre congojosa que les hacia tener un suceso desagradado; y quando el fuego cesó al caer la noche, inciertos aún del éxito de la batalla, esperaron ansiosos la luz del nuevo día, en que iban á decidirse los destinos de la patria.

Eran las siete de la mañana del día 20, cuando á un tirote lejano sobre las lomas de Padrierna, bastante perceptible y empeñado, sucedió una lijera y silenciosa pausa, anuncio finesto del descalabro que en aquellos momentos sufría la division más florida del ejército mejicano. Poco tardaron en empezar á correr las voces descomulgadoras que afirmaban la derrota, y que introducian el desaliento y la confusion en los soldados que las percibian. Sin embargo, las tropas de Churubusco se apresuraban á obedecer la orden que se les habia dado para que los batallones de Independencia y Bravos, con una pieza de á cuatro, se apresurasen á entrar en la línea de batalla,

BATA

cuando la noticia confirmada del desastre de Padierna, y las nuevas órdenes que se recibieron, no dieron lugar á que se ejecutase la salida.

En efecto, el general Torrel, cuartel maestro del ejército, había mandado comunicar desde ántes la derrota de Valencia, y que las tropas enemigas avanzaban sobre la capital. Una compañía de Independencia, mandada por el primer ayudante del cuerpo, Francisco Peñañuri, recibió en consecuencia la órden de situarse en la torre de la iglesia de Coyoacan, y proteger desde allí la retirada.

Pronto empezaron á pasar por entre las fortificaciones de Churubusco, las tropas que verificaban su retirada por disposición del general en jefe. Este se presentó poco después é hizo alto para mandar que se aclarase aquella.

Corroboró tambien Santa-Anna la noticia de que el enemigo venía sobre su retaguardia, y después de recomendar que se hiciera en Churubusco una defensa vigorosa, se retiró. Las tropas continuaron tambien su marcha: los defensores de Churubusco, destinados al sacrificio por la salvacion de los reinos, vieron pasar al ejército, y abandonados á sus propios esfuerzos, unos seiscientos cincuenta paisanos, mal armados, sin la instruccion necesaria, iban á arrostrar el empuje de todas las fuerzas de los Estados Unidos, victoriosas.

A las once y media de la mañana, el general Anaya, acompañado de sus ayudan-

BATA

tes, se adelantó por el camino de Coyoacan para cerciorarse de la proximidad de los enemigos, y recibió aviso por algunos indíjenas que abandonaban sus chozas, corriendo despavoridos, de que las columnas de los americanos avanzaban efectivamente sobre el convento. Confirmóse de una manera indudable esta noticia, por los restos de la fuerza de Independencia que se había mandado á Coyoacan con Peñañuri, y que después de sufrir alguna pérdida, se habían replegado, batíendose en retirada, y atravesando para salvarse, por entre el cieno y las milpas. Sabedor de lo que pasaba, y habiendo avistado á corta distancia la vanguardia enemiga, el general Anaya volvió á Churubusco, donde ya todo estaba listo para la defensa.

Es Churubusco una pequeña aldea, distante 8 kil. de Méjico, situada en la confluencia de los caminos de Talpam y Coyoacan formando, por decirlo así, el vértice del ángulo que presentan ambas calzadas. El pueblo de Churubusco se forma de un grupo de humildes chozas, levantadas en un suelo fértil y pantanoso, donde la vejetacion se desarrolla exuberante. Sus sembrados producen la caña copulenta del maíz, y las milpas se prolongan hasta la misma iglesia y convento de Churubusco.

Este edificio, por su solidez y fortaleza, y por su situacion, había sido escogido para resistir, ó por mejor decir, para contener por algun tiempo á las fuerzas enemigas. Ni

BATA

podía exigirse otra cosa, si se atiende al poco auxilio que prestaba la fortificacion pasajera que se había levantado, y que consistía en un parapeto construido con adobes, de cerca de dos metros y medio de espesor, á la distancia de 14 metros de la puerta del convento, y defendido con anchos fosos, llenos en la mayor parte de su profundidad de agua llovediza, y de la que mana del mismo terreno. La premura del tiempo y la precipitacion con que se había trabajado en las fortificaciones, no había permitido que el parapeto levantado en el frente y costado izquierdo, se extendiera al fianco derecho de la posicion, ni á la azotea del convento.

Al amanecer el dia 26, no había en Churubusco ni un solo artillero, ni más piezas que una de á cuatro, que poco ó nada hubiera servido para contener al enemigo; pero afortunadamente al retirarse el general Santa-Anna, dió órden de que quedáran allí cinco de las piezas que llevaban sus tropas, con lo que ya se pudo hacer una resistencia mas detenida.

Dispuesto, pues, todo para el ataque, los defensores de Churubusco esperaban sobre las armas que se acercáran los enemigos. Estos, entre tanto avanzaban sobre el convento, del que creían apoderarse á muy poca costa, pues la facilidad con que habían llegado hasta allí, les hacía presumir que casi todo el ejército se replegaría sin combatir hasta la capital. Debíólos confirmar en esta creen-

BATA

cia, la circunstancia de que no se rompía sobre ellos el fuego, á pesar de hallarse ya á tiro de fusil sobre las fortificaciones, lo cual provenía de la órden, espresa de los generales Rincon y Anaya, quienes para no gastar pólvora en balde, habían dispuesto que no se disparara sobre los enemigos hasta que estuvieran á una distancia muy corta. Hizose así en efecto, y el estrago terrible que las descargas produjeron en las filas de los norte-americanos, los obligó á detenerse por un momento, intimidados y sorprendidos. Poco tardaron, sin embargo, en continuar su avance, dirigiéndose sobre el frente del parapeto una fuerza, y otra mas considerable sobre el costado derecho. Trábase entonces un reñido combate, que el valor y los soldados de ambas naciones prolonga por algun tiempo, hasta que la pérdida de consideracion de los enemigos los precisa á retroceder.

Hubo en aquella accion, rasgos de valor dignos de ser mencionados, entre los cuales merece particular elogio el del joven Eligio Villamar, oficial del rejimiento de Bravos, quien desde los primeros tiros se subió sobre el parapeto y permaneció allí espuesto al fuego de los enemigos, alentando sus soldados, y sin dejar un momento de victorear á la República y á los generales Rincon y Anaya. Su arrojo fué tanto mas notable, cuanto que dedicado antes esclusivamente á sus tareas científicas y literarias, aquella era la primera vez que